

La luz se apaga al amanecer

El Nacional, 1957-08-04.

La calle de tierra era como la cama de un río muerto, y a las casuchas de madera que estaban de entierro en las orillas les nacían de noche unos ojos cuadrados y unas hendiduras como tajos por donde resbalaban una luces amarillas de velas y lámparas de kerosén.

Cuando la mujer venía bajando por el olvidado camino del agua con la cautela de irse robando la respiración, se escandalizaron los perros en sus cubiles, se abrieron algunas puertas, y alguien que era mujer dijo para que oyera la otra:

"¡Ahí va la puta esa!"...

La mujer continuó pasito su vacilante caminar de tacones, tropezando las piedras y los huesos, mirando al suelo, como si viera. Se cerraron, como a golpes de viento, las puertas. Los perros fueron apagando sus voces de alcahuete. Después, como a soplos se fueron borrando también las rendijas como mirillas y los ventanucos como troneras. Y cuando la calle de tierra terminó de hundirse en la noche quedó expuesto a toda la oscuridad del mundo un huequito de luz alumbrando con humilde fidelidad de lamparilla.

Hilvanaron muchas redes de luz los cocuyos en sus invisibles cañamazos de verde, y ya los perros habían dormido casi completo su sueño de cazo de sopa cuando los despertó como un pasitrote de tacones de la buscona, que ya respiraba desafiante sus sofocos de la llegada. Se pasaron la voz como si la odiaran. La mujer se fue derechamente a la luz y empujó una puerta, que estaba abierta o que abrió alguien advertido por los ladridos.

Antes de extinguirse el clamor de perros, cuando la alborada apuntaba ya sobre el copete del Avila, la luz como de capuchina se apagó.

– Una mujer con una niñita de tres años y un muchachito de ocho meses –dijo rascándose la cabeza una gorda en el abastos– no se pone a trabajar de noche, y dice que de camarera, si no le hace falta la noche para trabajar...

– Es que de noche no se ve –rió torpemente el pulpero.

– Pero se siente, m'hijo, que esta madrugada volvió a despertarme al muchacho, la bicha esa. Yo nunca la veo aquí; ella como que no compra en tu negocio.

–No, las putas se van cinco cuadras más abajo para ahorrar dos centavos. Aquí el que viene a veces es su marido, que trae a la niña para comprarle dulces. Ese hombre si parece bueno.

– ¿Bueno?... ¡Un hombre que se queda en la casa, como un cabrón, comiendo del negocio ambulante que tiene su mujer!...

– ... ¡No me digan –terció una chaparrita chapada y sucia que venía llegando– que están hablando de la húngara!... No sé qué podrá tener ese cuerpo de sapo, que le da para montar a su hija en los caballitos de la carroza del isleño dos veces al día...

La mujer es fea. Ni siquiera tiene alguna de esas cosas que a los treinta años, que no debe tener más, todavía ciegan a los hombres.

Es un cuerpo de cocinera, retaco y abombado como una tina, y la cabeza la tiene pegada al mismo hombro. La cara es un cuadrado, con las quijadas abiertas, como los perros de presa. Y se viste feo. A veces se pone una bata ancha y sin talle, como un sayo. También se le ve con un gabán tápalo-todo que parece una cobija. En las raras ocasiones que sale de día se aprecia mejor el caminar torpe de esas sus dos piernas cortas y zambas, evitándose trabajosamente los tobillos de sus pies, que los tiene apuntando como las agujas del reloj a diez para las dos. A menudo lleva las manos metidas en los bolsillos, como si tuviese frío. Cuando no, se le quedan los brazos inevitablemente levantados por el gordo de las chichas que se la amontonan en los sobacos, con el aire de esos globos que ponen a subir por los cielos.

De noche apunta unos zapatos de tacón que la levantan media cuarta, pero tan torpemente que parece que va caminando sobre zancos. Callejea por las orillas, se pega instintivamente a los muros de los jardines y de las casas, evitando las luces de las vidrieras, mirando a ratos para atrás, como si recelase algo.

Ella sabe cómo topar con los hombres. Si no basta la insinuación, va al abordaje. Casi siempre pide un cigarro. Después discute el precio en un castellano de consonantes duras como alambres. A veces continúa su camino sola, rezongando; cuando tiene suerte, acompaña al hombre sin acercársele mucho. Aprovecha todas las sombras que hay, no desperdicia un callejón oscuro. Si el hombre no tiene mejor, pues ella cuenta siempre con una pensión de a ocho bolívares la noche y de tres o cuatro el rato, depende de lo holgado.

Regresa siempre a su chamizo antes del amanecer. Es como un extraño código a acatar, la luz del día.

Después, apenas se la ve. Quien sale al patio a tender los pañales, quien da los teteros al niño y quien le acuna con canciones, quien después cocina, quien va de compras, es su marido.

Es un catire pequeño, con un bigotito amarillo y unos ojos azules que sonrían al mirar. No son ojos de tímido. Miran de frente, sin turbarse. El hombre hasta tiene cierto aire distinguido que choca con su manera humilde de vestirse. pero hay en la forma en que encorva la espalda al caminar algo que corresponde a cosa doblada dentro, en su espinazo moral.

Suele ir de compras de medio de sal, real de azúcar, cien gramos de arroz, equipado con un maletincito de cuero. Parece una manera pueril de disimular que va de compras para la cocina; pues ésta es su debilidad. A veces lleva a su hijita Kati de la mano; pero casi siempre su compañía es un perro spaniel marrón, con nobles oriejas, el hocico frío, los ojos inteligentes. Para este animal que llama Bodri compra todos-todos los días (lo que es un escándalo para las mujeres del barrio) una lata de carne para perro que vale un

bolívar. Se cuenta, no se sabe ciertamente con qué fundamento, que un señor le ofreció por él hasta dos mil bolívares, y que al hombre no le brilló siquiera uno de sus ojos azules. Y puede ser verdad. Se ve que el perro también le quiere. Va siempre pegado a sus piernas, y a la menor señal lo obedece.

El hombre parece tener dominio sobre sí mismo, sobre el perro, sobre la niña, sobre los que saluda con una sonrisa al cruzar, y sin embargo hay esa curvatura del espinazo y hay su esposa que le sale de noche a vender su deforme cuerpo de parturienta mientras él se queda haciendo los trabajos de la casa como una mujer.

Un atardecer llegaron al barrio dos mujeres y un hombre que después de mucho preguntar fueron a parar al DDT-234, la casita de techo de zinc donde vivían los húngaros, primero asomó a la ventanuca la cabeza revuelta de la mujer, y desapareció. Luego, por la puerta, asomó su medio cuerpo el hombre.

A pesar de su cortesía, de adelantarse después un paso hasta quedar fuera, no los hizo pasar. El visitante, que fue el que habló, dijo que los tres pertenecían a una comisión húngara de asistencia al inmigrante, a ver, si podían hacer algo por ayudarlos.

– ¿Qué oficio tiene? –dijo solícita la más vieja de las dos mujeres.

– Soy catedrático, graduado en la Universidad de Budapest. Explicaba Historia y Sociología.

– ¡Ah! –dijo elocuentemente la más joven, que era bastante bonita.

– He intentado trabajar varias veces de lo que sea –aprovechó la bajadita el hombre, aunque con cierto aire mortificado, presumiendo a lo que venían.

Entonces salió ella, vestida con un quimono de flores amarillas y moradas hasta el suelo, cuadrada como un biombo, los ojos abotargados, el gesto agrio. Su marido no tuvo más remedio que presentarla.

– ¡Qué –dijo ella bruscamente– ¿le vienen a ofrecer trabajo?!

Las dos mujeres de la comisión se sobresaltaron. El hombre miró sin hacer un gesto. Fue su marido el que dijo:

– No, mujer. Vienen a ofrecerse, por si pueden ayudarnos.

– ¡Ah! –rió descaradamente la mujer entrando a la casa, ¿y qué es?...

– ¡Ruzsi!... –rogó el hombre humildemente.

– ¡¡Si te ponen a trabajar, avísame!! –gritó ella desde dentro, y tiró la puerta.

El explicó entonces con humildad, que primero trabajó como peón, pero que no podía, que se sentía morir de cansancio, y que como no sabía la lengua, pues que no podía hacer más. Que luego su mujer le encontró un trabajo como vendedor de seguros entre los extranjeros, pero que tampoco pudo, que le faltaba carácter para eso.

– Y entonces –le preguntó la más vieja de las mujeres, ¿qué piensa hacer?...

– Yo no he pedido nada a nadie –repuso dolido el hombre, aunque con la misma voz sin rencor de antes.

Los tres visitantes se miraron. Después el hombre habló, que esa era la obligación que se había impuesto.

Entonces el hombre de los ojos azules que estaba oyendo el regaño se molestó. Saltó a las solapas del predicador y nariz con nariz le dijo silbando las consonantes, pero bajito, para que no lo oyese ella: "usted no toca a mi mujer ni de palabras!"...

Algún vecino que vio cómo escapaba la visita tropezando las piedras del camino, corrió la voz de que había habido una denuncia contra la húngara.

Y cuando ella salió ya oscurecido, como todos los días, había un grupo de muchachos frente a la casa. La abuchearon, y hasta le mandaron alguna piedra ciega en la oscuridad. El hombre oyó el escándalo desde detrás de la puerta. La mujer no se detuvo, siguió despertando calle abajo el odio de los perros, caminando torpemente, como sobre zancos.

Cuando la mujer regresó eran las cuatro y media de la madrugada.

El, que estaba echado sobre la cama sin desvestirse, se levantó a abrir la puerta en cuanto comenzaron a ladrar los perros. La esperó con Bodri, que se había despertado en su cama de trapos.

– ¿Cómo estás así, vestido? –le dijo ella al entrar.

El cerró la puerta sin contestar. Cuando la vio un rato sentada sobre la cama, quitándose las medias, le dijo:

– Has vuelto a beber, Ruzsi.

Ella volteó, le miró a la cara y le salió: "Puff"...

Y al rato, cuando tenía la falda de su vestido a la altura de la cabeza, dijo como si fuese sólo para su forro:

– ¿Qué quieres que haga?...

El no se había movido, recostado contra la puerta. Entonces reparó en que la muchachita estaba desarropada y llegó a cubrirla. Cuando regresó, dijo a su mujer, que ya se estaba metiendo debajo de la sábana:

– Esto tiene que terminar, Ruzsi.

Se conoce que no era la primera vez, porque ella echó dos vientos que fueron como dos arcadas, y abrazándose a la almohada le dijo en el mismo tono de amigo:

– Mañana me explicas cómo...

– ¡¡Mañana no, ahora mismo!...

El grito hizo dar un brinco al osito de nariz colorada que estaba botado al pie de la cama donde dormía la niñita. Pero ella, Ruzsi no movió una pestaña. El hombre, ya crecido, comenzó a discursar en alta voz, recorriendo la habitación de un lado a otro, que era cinco pasos. De pronto, ella, que parecía dormida, le interrumpió:

– No seas cabrón, Janos, y déjame en paz; vete a acostarte...

Como él insistiese en plantear el problema, ella se recostó definitivamente sobre un brazo, le hizo con el dedo un gesto de acercarse, y le guiñó un ojo con esa sonrisa de media boca que suelen usar las mujeres de la calle para insinuarse.

– ¡A mí no me hagas ese gesto, Ruzsi!...

– Ven para acá, valiente, siéntate. No, aquí, a mi lado. Tú al menos eres mi marido. Ahora, dime la solución mi amor.

– Déjame en paz –dijo el hombre rechazando la falsa caricia–. Pues sí, lo tengo resuelto, nos vamos a regresar.

– Regresar, ¿a dónde?

– A Europa...

- A Europa, ¿a dónde?
- Podríamos quedarnos en Alemania, donde vivimos tan bien aquellos cuatros meses, ¿recuerdas?
- Y allá, ¿qué?
- ¿Cómo que qué?... Allá yo me puedo defender mejor, puedo trabajar.
- ¿Trabajar tú?... ¿Y por qué no trabajas aquí, ¡eh!?...
- Tú sabes que yo, si me sacan de mis libros, no sirvo. En Alemania puedo defenderme, conozco la lengua, tengo amigos...
- ¿Y yo, qué? –ya la mujer se había sentado del todo, junto a él.
- Tú puedes dedicarte entonces a los hijos, como debe ser.
- Como si no hubiese pasado nada, ¿eh?, y ¿dedicarme a qué hijos? –ella parecía complacerse en mirarlo derecho, apuntándolo con los ojos y preguntándole como a bayonetazos.
- Pues a los nuestros, ¿a cuáles ha de ser?
- A los míos, dirás –le disparó a bocajarro– Kati sí es tuya, pero yo no sé cómo puedes estar tan tranquilo en cuanto a Jani, que en esta vida que llevo ya voy por los dos años, casi desde que llegamos.
- El quedó suspendido de una cabuyita delgada como un hilo de araña, sin atreverse a mover un labio, como de miedo de romperlo y caer por un precipicio.
- ¿Y sabes otra cosa? –insistió despiadadamente la mujer– que estoy otra vez en cinta...
- ¿Cuándo lo supiste?...
- Eso es todo lo que se le ocurre a mi marido, que me tiene puteando para mantenerlo y para dar de comer a los hijos, que cuándo lo supe...
- El hombre se quedó mudo.
- Anda, Janos, acuéstate –le dijo ella con tono de lástima, recostándose contra la almohada. Y como lo viese tan asustado, añadió en una voz casi dulce: –Anda, tonto, que yo sé que todo no es culpa tuya, y todavía te sigo queriendo.
- El se levantó, como escapando de la voz dulce de su mujer. Después rebuscó algo en un cajón del escaparate, y abrió la puerta.
- ¿A dónde vas? –le dijo ella sin moverse.
- Aquí, al patio... Ya regreso.
- Detrás de la casa había un patiecito estrecho lleno de ruedas oxidadas, cuadros de bicicleta, cauchos, rines viejos vueltos herrumbre, porque el que vivía aquí antes era un mecánico. El los miró un rato a la luz del amanecer.
- Después, buscó algo sobre su cabeza, y dio con un palo que sobresalía una cuarta del zinc. Acercó un cajón, se subió en él, y halló del final del travesaño. Dentro, toda la casa se movió.
- ¡Janos! –le llamó ella– ¿Qué haces?, ven a acostarte...
- ¡Ya va! –contestó él por un hueco de la pared de tablas.
- Después sacó de un bolsillo un ovillo de mecate que cabía en un puño y ató despacio un cabo al palo. Cuando comprobó que podía aguantar un peso, ella lo volvió a llamar. Y como viera a través de la rendija que su mujer se estaba levantando y venía por

él, el hombre saltó del cajón y entró en la casa. Y al rato, la luz como de capuchina se apagó.

Sería media mañana cuando se levantó cuidando de no hacer ruido, para dejar dormir su sueño de día a Ruzsi. Los niños ya estaban jugando en la cama. Entonces llegó hasta detrás de la casa apresuradamente, como si hubiese olvidado algo, cogió la otra punta del metate, lo enlazó en el otro extremo del tejado de zinc y colgó los pañales del niño, los vestidos de Ketí y unas pantaletas de Ruzsi.

Después, entró otra vez en casa para preparar el desayuno a los hijos de su mujer.